

ojos de todos como el hombre mas execrable, y antes de que los enemigos hubiesen vuelto de su asombro, procedió á ocupar la Guiena militarmente é hizo así de un golpe inexpugnable su posicion en el Mediodía de Francia. Los señores de la liga con su inaccion habian dejado escapar el momento favorable, y no les quedó mas recurso que conformarse con los hechos consumados, deponer las armas y someterse al rey, como en efecto lo hicieron menos el duque de Bretaña.

Tambien se desvanecieron los ambiciosos proyectos del

duque de Borgoña, que conociendo el carácter de Luis XI sabia que jamás le perdonaria lo sucedido en Peronne, ni la expedicion contra Lieja, y que dirigiria contra él todas sus fuerzas, tan súbita y considerablemente aumentadas, para arrebatarle lo que le habia quitado cuando estuvo en su poder. Pero en vez de adaptarse á las nuevas circunstancias y luchar con las sutiles armas de la diplomacia y de la astucia como Luis, quiso en su indómita soberbia deshacer á la fuerza lo hecho, y se encontró con la resistencia desesperada de las ciudades, que horrorizadas de la triste



Escenas de la vida francesa en el siglo XV.

Labradores arando un campo. Encima, representacion fantástica de una lucha entre ángeles y demonios por la posesion de un alma (*Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot).

suerte de Lieja y Dinant, estaban decididas á defenderse hasta el último aliento. Al pié de las murallas de Beauvais, de la cual intentaba apoderarse para abrirse el camino á la Normandía, donde pensaba unirse con el duque de Bretaña, sufrió Carlos el Temerario su primera derrota, terrible y de consecuencias incalculables. Durante cuatro semanas los heroicos habitantes de la ciudad habian rechazado todos los ataques del ejército borgoñon, por cuya defensa, que fué un bien para toda la Francia, el rey les recompensó con muchos privilegios extraordinarios.

Luis XI completó la victoria de los ciudadanos de Beauvais, y sacó de ella todas las utilidades que pudo, y con el éxito crecieron su valor y su confianza. Por un lado hizo invadir el territorio borgoñon y por otro atacó con tanto vigor á la Bretaña que el duque Francisco tuvo que solicitar la paz y reconocerse súbdito del rey. En 1472 hizo Carlos de Borgoña una tregua de algunos meses que finalmente se transformó en paz, despues de haber sido repetidas veces prorogada con el asentimiento de ambos beligerantes, porque Carlos, en atencion al gran robustecimiento del poder de su contrario, habia perdido toda esperanza de realizar

sus proyectos en Francia y preferia aumentar su territorio del lado de Suiza á costa del imperio aleman.

Así tuvo Luis XI libertad de accion en Francia, y los señores de la liga, obligados á renunciar á la poderosa proteccion del duque de Borgoña, quedaron reducidos, si no habian hecho ya sus paces con el rey, á sus propias y limitadas fuerzas en frente de la monarquía, sostenida por la clase media, libre ya del temor que abrigara de ver desmembrada la patria.

La crueldad inclemente que mostró Luis en estas luchas, en que no perdonó ni hizo gracia á nadie, fué efecto, no tanto de su carácter duro y tiránico, como del odio feroz de partido que caracteriza aquella época de pasiones brutales. Despues de lo que los nobles habian hecho durante los últimos decenios con la gente baja, es decir, con la gente que no podia ostentar escudo de armas; despues de las atrocidades cometidas pocos años antes por Carlos de Borgoña en los habitantes de Lieja y Dinant, fué para el pueblo francés una satisfaccion ver que los nobles autores de tantas y tan cobardes atrocidades recibian su merecido, como lo recibieron los condes de Armagnac, que tantas iniquidades co-

metieron en Francia y Alemania. El digno nieto de aquellas fieras inhumanas, partidario fanático de la liga en el Mediodía de Francia, habia vuelto á quebrantar en el verano del año 1472 su juramento de fidelidad, alzándose en armas para expulsar á Luis XI de la Guiena, que acababa de heredar. El rey envió contra el rebelde á otro guerrero feroz, Juan Goffredi, cardenal de Albi, perseguidor incansable de herejes, que no conocia clemencia, á pesar de ser hombre de iglesia como tantos otros guerreros de aquellos tiempos. El conde de Armagnac tuvo que encerrarse en su ciudad fuerte de Lectoure, donde sitiado estrechamente por Gof-

fredi y abandonado por los de la liga, que sin el apoyo de Borgoña no se atrevian á comprometerse auxiliando á su compañero, se vió obligado á capitular; mas á pesar de la capitulacion fué acuchillado; los habitantes de la ciudad fueron tambien pasados á cuchillo y la ciudad reducida á cenizas. La esposa del conde, condesa de Foix, falleció poco despues en la prision, y el hermano de Armagnac murió tambien al cabo de años en el calabozo en que el rey le tuvo encerrado. El duque de Nemours, jefe de la rama menor de los Armagnac, fué decapitado en 1477 por el verdugo como culpable de alta traicion, despues de haber descu-



Escenas de la vida francesa en el siglo XV.

15. Persecucion y matanza de judíos (*Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot).

bierto en el tormento á sus cómplices, que eran todos los nobles de la liga del Mediodía de Francia y de los cuales ninguno encontró clemencia. El duque de Alençon, que desde el principio habia tomado una parte muy activa en la sublevacion contra el trono, fué condenado á muerte, pero el rey le tuvo preso hasta que la muerte le libertó en 1476. Sus bienes fueron confiscados. Análoga suerte alcanzó á todas las familias nobles que habian tomado parte en la sublevacion, y sus territorios fueron incorporados á la corona. Sobre los restos ensangrentados de la nobleza del Mediodía, antes tan turbulenta y levantisca y á la sazón despedazada y empobrecida, adquirió el trono una autoridad mas grande que en ninguna otra parte de Francia, de suerte que el rey podia aguardar tranquilo los nuevos ataques que pluguiera á la Inglaterra y á Borgoña dirigir contra Francia.

A medida que Luis XI iba exterminando las familias de los grandes vasallos rebeldes, iba favoreciendo sistemáticamente á las adictas á la suya. Dió su hija mayor, la princesa Ana, por esposa á Pedro de Borbon, señor de Beaujeu y gobernador de Guiena, y la menor, Juana, á pesar de sus pocos

años, á Luis de Orleans, niño tambien todavía, á quien el rey tenia en su corte haciéndole educar á su gusto y á su vista, todo con el objeto de hacer de las dos familias de Borbon y Orleans dos columnas del trono contra la nobleza, que le inspiraba poca confianza.

En los quince años durante los cuales Luis XI dirigió los destinos de Francia cambió este reino interiormente de una manera desconocida. Todos los grandes vasallos de la corona, menos los duques de Bretaña y de Borgoña, de los cuales el último se habia arrojado á empresas superiores á sus fuerzas, habian desaparecido de la escena y sus territorios habian sido incorporados á la corona. A la sombra de una severa administracion de justicia, apoyada por un ejército permanente, siempre dispuesto á entrar en campaña, prosperaban las ciudades y los distritos rurales; el comerciante, el industrial y el labrador cogian el fruto de su trabajo, y la carga de los impuestos que soportaban estaba ampliamente compensada por la seguridad que habia reemplazado á los terrores de la reaccion feudal. Luis XI habia llegado á ser, á pesar de su manera siniestra de gobernar, el creador de la prosperidad del país.